



—En las últimas batallas de España ha habido 5.000 italianos, 3.000 alemanes y un fascista español muertos.

—¿Un fascista español también? ¡Le está muy bien empleado! ¡Por meterse en lo que no le importa!

CORRIDA

NACIONAL



UN NATURAL



UN AYUDADO



UN FAROL



EL DE LA FIRMA



UNO POR ALTO



DE PODER A PODER



PARA EL ARRASTRE

LOLÍN.

Trimestre	3,75 pesetas
Semestre	6,25 —
Año	12,00 —

EDITORIALAZO

Una reunión en el Cuarto de las Comunas

Menos mal que las cosas parece que van a cambiar algo. (Se lo decimos al oído a los simpáticos lectores y a las hermosas lectoras de NO VEAS, porque sabemos que entre ellos no hay ningún chivato.) Se ha celebrado una reunión importantísima para librarnos de los fantasmas que tiran obuses. Es para alegrarnos, ¿no? Figúrense ustedes que provisionalmente, y mientras se arregla la calefacción de nuestra casa, hemos instalado la Redacción en «Chicote». Y si siguen cayendo obuses vamos a tener más bajas que los italianos en Guadalajara.

Pues bien: esa reunión, amables lectores y exuberantes lectoras, ha tenido lugar en Londres. En el Cuarto de las Comunas. Nuestro corresponsal, que es un inglés que no fuma en pipa, ya nos había puesto en antecedentes de lo que iba a ocurrir. ¡Ah!, pero nosotros no somos el general sensio. Sabemos guardar un secreto. El inglés de NO VEAS nos había dicho: «Van entrando en el célebre Cuarto unos tíos muy tiesos, con botines, con corbata blanca, con un redondelito de cristal en un ojo y con una chaqueta tan mal hecha que les quedan unos picos muy feos por detrás. Un tío vestido de carnaval abre la sesión y va y dice (nuestro corresponsal es un poco analfabeto): «Se abre la discusión sobre el horrible crimen que han cometido unos pescadores republicanos contra el acorazado alemán «Léipzig». Se sabe que esos criminales eran cuatro, y la investigación ha probado que llevaban tiradores, con los que dejaron tuerto al capitán del barco. He aquí las pruebas de convicción.»

Y acto seguido, el viejo carcamal mostró a los señores con botines y con el cristal en el ojo un ojo de cristal y una china del tamaño aproximado de un huevo de pajarita.

Pero la historia no para ahí. En el Cuarto de las Comunas se armó una algarabía bastante regular: «¡Ese tío no lleva razón!», gritó uno. Y otro: «¡Que nos enseñe el ojo, a ver si tiene señales de haber sido alcanzado por la china!» Y otro: «¡Qué China ni qué Japón habla usted!...»

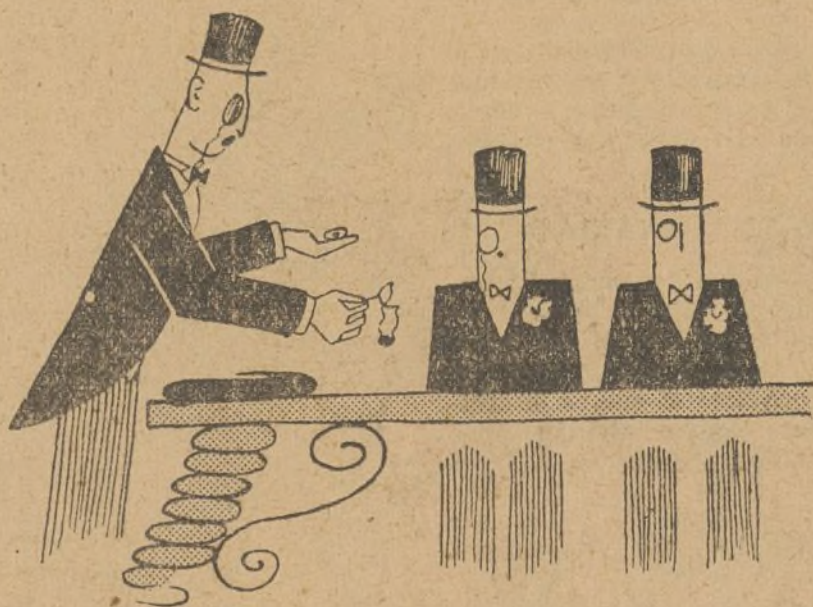
Hasta que uno, acostumbrado a gritar cuando truena el cañón, dijo en correcto inglés: «¡Ea, se acabó!» Y dando un puñetazo sobre la chistera del que tenía más próximo, se subió sobre el damasco de los sillones, y una a una—estuvo año y medio hablando—fué señalando todas las perrerías que Adolfo, el del bigotito, había hecho a los españoles que tienen vergüenza (esos somos nosotros).

Tanto habló, y tan bien, Jorge el inglés, que convenció a uno de

los que hasta hacía muy poco había estado dándole palmaditas en el hombro al peor bandido de Europa. ¿Hará falta que digamos que Hitler es el peor bandido?

Total, que al final de esta reunión se acordó que: Primero. Quedan terminantemente prohibidos los barcos del control con cruz gamada y haz de flechas y lictores. Segundo. Se prohíbe terminantemente a los fantasmas que hablan alemán y chapurrean el español que lancen más obuses sobre la Gran Vía, y en el caso de que esto sea imposible, que procuren que ninguno de ellos estalle en «Chicote» (donde está provisionalmente la Redacción de NO VEAS).

Esto es lo que queríamos contar. Ya ven ustedes, amadísimos lectores y estupendas lectoras, cómo está bien fundada nuestra alegría, y que, por lo menos mientras duran los efectos de los «cok-tails» que hemos ingerido, no volverá a caer un solo obús en lugar distinto de aquel que ha sido fijado por el mando.



LA FETÉN

CRONICAS DE GUERRA POR POPEYE

EN AGUAS DEL CANTABRICO. EL MEJOR DIA NOS ENCONTRAMOS CON EL «CANARIAS»

Mi amigo Palomares, patrón de un velero llamado «Fiate del Control y no Corras», me invitó a pasar unos días en su compañía por las apacibles aguas del Cantábrico.

Una noche tranquila—sólo habían caído 6.499 bombas de 100 kilos sobre un pueblo vasco de 200 vecinos—nos hicimos a la mar cantando el «Matarile» antifascista.

La luna se había guarecido en uno de los refugios, pues, según me dijeron, lleva aguantados catorce bombardeos, y ha dicho que ya está bien.

APARECE EL «CANARIAS»

De repente, ante nuestros espantados ojos apareció un buque de guerra enorme. En su proa se leía: «Canarias».

El pirata—luego supe que se trataba de un pirata—nos soltó dos cañonazos que nos derrumbaron las cocinas y nos echaron a perder tres barriles de cerveza.

—¡Avante! ¡Avante!—gritó el patrón, como era su deber en este caso.

Por medio de una bocina nos preguntaron en alemán:

—¿Qué cargamento lleva el buque?

—Sombreros de paja y cubrecorsés—contestamos.

Vimos cómo deliberaban en la cubierta del monstruo marino. Terminadas las conversaciones, nos mandaron ochenta y seis cañonazos, sin contar doscientos treinta que cayeron al agua.

¡ANDA MI TIA, SI ESE ES EL «CANARIAS»!

Doloridos, pero animosos, seguimos nuestra ruta. El patrón nos mandó a tomar viento para ir más de prisa.

De improviso vimos surgir de las profundidades del Océano un buque erizado de cañones. En uno de los costados de la nave se leía esta inscripción: «Este sí que es el «Canarias!» Sobre cubierta apareció un marino alemán.

—Agradable encuentro—nos dijo con el altavoz.

—Felices—le contestamos.

El altavoz del marino tembló de emoción.

—No tengo más remedio que bombardearles. ¿No se molestarán?

—De ninguna manera—le respondimos—. Nosotros sabemos que la costumbre es ley.

—Pues los malos tragos, pasarlos pronto—nos contestó. Y nos largó una andanada, que aparecimos en el golfo de Florencio Cañizares, que es un amigo mío.

¡PERO QUIEN NOS IBA A DECIR QUE NOS IBAMOS A ENCONTRAR CON EL «CANARIAS»!

No obstante, seguimos nuestra ruta. El patrón estaba satisfecho y los marineros se hacían lenguas de la normalidad del viaje.

—Desde que pusieron el control—me dijo uno de los lobos de mar que parecían más solventes—no se ha dado este caso en aguas españolas. No nos han cañoneado más que cinco veces. Realmente, el control no funciona con toda la normalidad que debiera.

Todos le dimos la razón al lobo, y alguno dijo que los más viejos del buque no recordaban nada semejante.

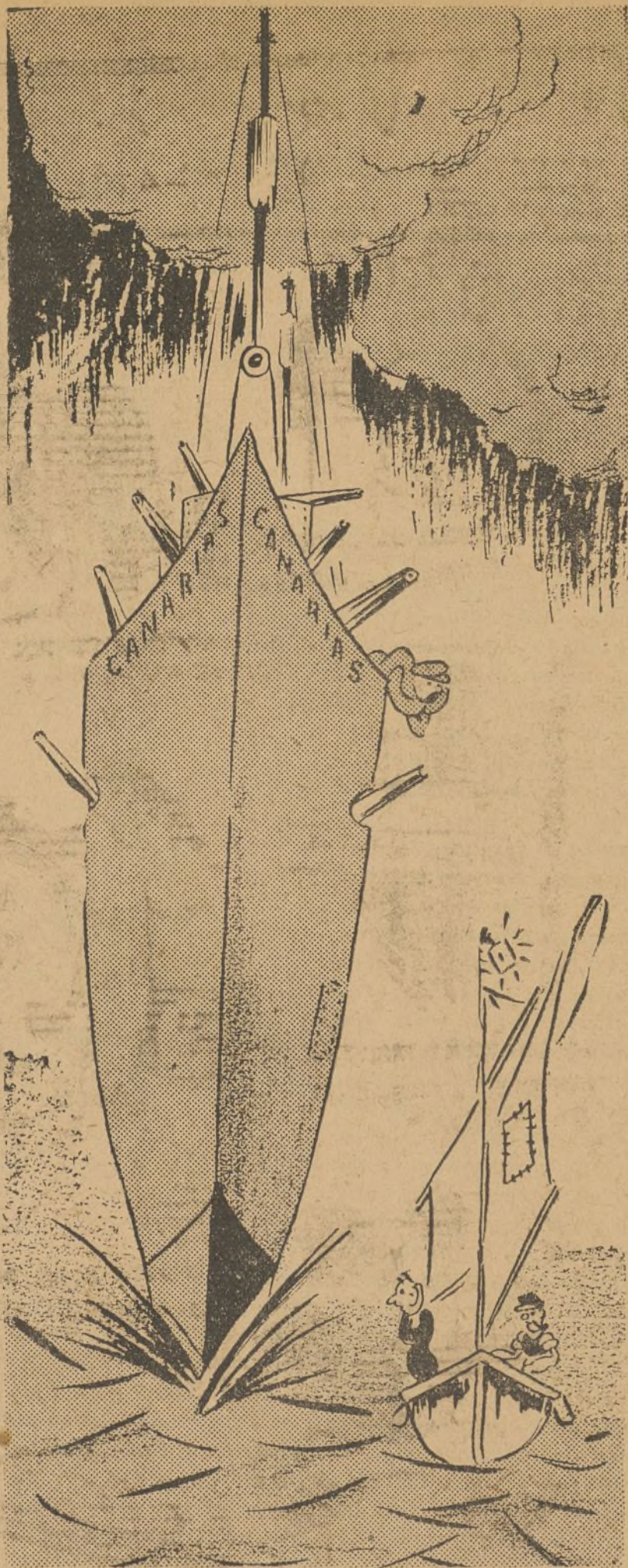
Siguió la bonanza. De improviso nos sorprendió la presencia de un acorazado.

—Debe de ser el «Canarias»—aseguró el grumete, que es un muchacho de Cáceres que no se equivoca nunca.

El buque pasaba frente a nosotros. En su proa se leía este rótulo: «Les aseguro a ustedes por mi padre que yo soy el «Canarias».

Nos cruzamos con él, y nuestra extrañeza no tuvo límites al ver que no nos dedicaba ni un mal cañonazo.

—¡«Canarias»!—llamó el patrón despechado,



El acorazado se detuvo. Desde él nos preguntaron:

—Bien. ¿Y qué desean?

—Que nos cañoneen—afirmó enérgico el patrón.

El comandante del «Canarias» adoptó una actitud razonable.

—Bueno. ¿Hay niños?—preguntó.

—El más joven de nosotros tiene noventa y seis años—le contestamos contrariados.

—¿Y mujeres?—volvió a inquirir.

—Ninguna—respondimos descorazonados.

—Entonces, buen viaje. Seguimos rumbo a Almería.

POPEYE

VIDA MUERTE Y AVENTURA DE INFAME Y VIL CRIATURA

RODRIGUANO



PLUTON ARROJA UN INVIERNO
ESTA ESCORIA DEL INFIERNO



SON CAPRICHIOS DEL MAMON
EL REVOLVER Y EL CAÑON



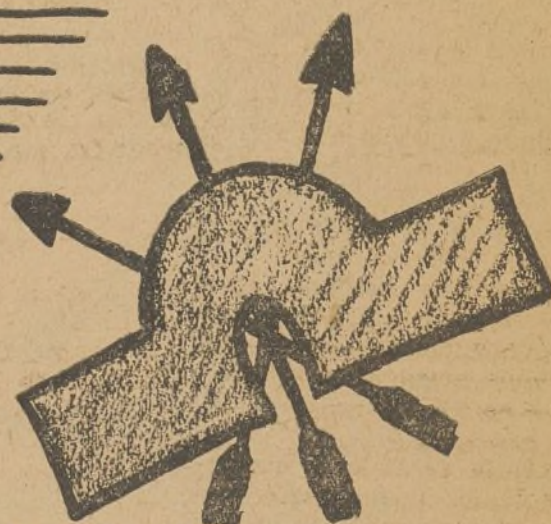
ES SU MANIA TENAZ
HASTA SU MAYOR EDAD



LA CARRERA MILITAR
QUIERE APRENDER
SIN TARDAR



COMO ES EL MAYOR BANDIDO
A GENERAL HA ASCENDIDO



PARA ESPAÑA QUIERE YUGO
Y SE CONVIERTE EN VERDUGO



VENCIDO ROTUNDAMENTE
AL FIN DA EL POBRE
EN DEMENTE



Y SU LOCURA LE DICTA
ENTRAR EN LA VILLA INVICTA



MURIENDO LOCO DE ATAR
AL VER QUE NO PUEDE ENTRAR

Me disponía a leer las fábulas de Samaniego, cuando el silencio de mi secretaria se rasga como una falda barata por el timbre de ese aparato desde el cual se puede decir a otra persona más de una verdad sin que el otro pueda darle lo que de buena gana le daría. Eso es.

«¿Está Casimiro?», me dicen. «Hockey, salud, plúrimam», contesto. «Pues deja todo y trasládase aquí, que hay un gran menú.»

Ni que decir tiene que cuando oí la palabra «menú» me acordé del descubrimiento de América.

Inmediatamente cojo mi sombrero de paja y mi inseparable zaragozano, monto en mi caballo «Pinto» —porque para estos casos tengo un caballo— y me traslado al lugar del «menú»; ¡pero menudo «menú» era! No podía ser más variado. Algunos obuses los podía desviar con solamente tocarles; pero otros me costaba verdadero trabajo; alguno de ellos, como es lógico, desconociendo Madrid, se paraban para preguntarme por alguna calle céntrica y el tranvía que podían coger. Yo, con mi zaragozano en la mano, les decía por dónde tenían que ir y qué vehículo podían usar para mayor rapidez.

Varias veces tuve que levantarme el sombrero, porque había algunos obuses que traían cera en la punta para entrar mejor y pretendían buscarme en la ca-

beza el depósito de las ideas.

Mi presencia en las trincheras fué acogida con vivas al gazpacho.

Me encuentro un capitán. Este capitán, después de preguntarme por mi familia, pues nos hemos criado juntos en la misma maceta, me acompaña al campo fascista.

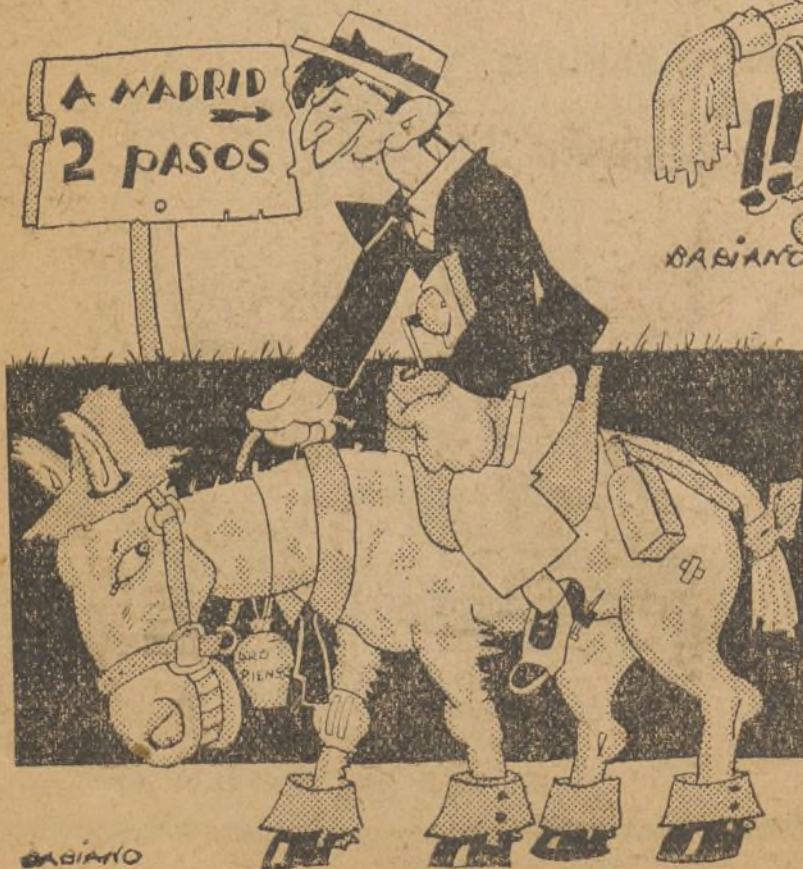
De pronto vemos que de las trincheras enemigas se dirigen hacia nosotros dos individuos que hacen ensordecer las explosiones con el ruido de las palmadas que venían dando. Mis nervios tuve que sujerlos, porque si no seguramente hubiera salido corriendo para Madrid. Me cargué de verdaderas montañas de seriedad y valor.

Dejamos que llegaran a nosotros para darles el alto, y al verme a mí con el sombrero de paja, exclaman:

—¡Ahora nos explicamos la heroica defensa de Madrid!

Yo les pregunto:

Los tomadores
de
MADRID



—¿Continúa von Franco jugando a las tres en raya?

Después de jugar un tute con ellos, les pregunto:

—¿Pero por qué veníais dando palmadas?

—Compañero, pareces de la Sociedad de Naciones —no contesta uno de ellos—. Veníamos dando palmadas porque nuestros generales nos habían dicho

que esta noche entraríamos en Madrid, y por eso eran las palmadas, a ver si había cerca algún sereno que nos pudiera oír para que nos abriera la Puerta del Sol.

CASIMIRO

Cuñado de Robespierre.

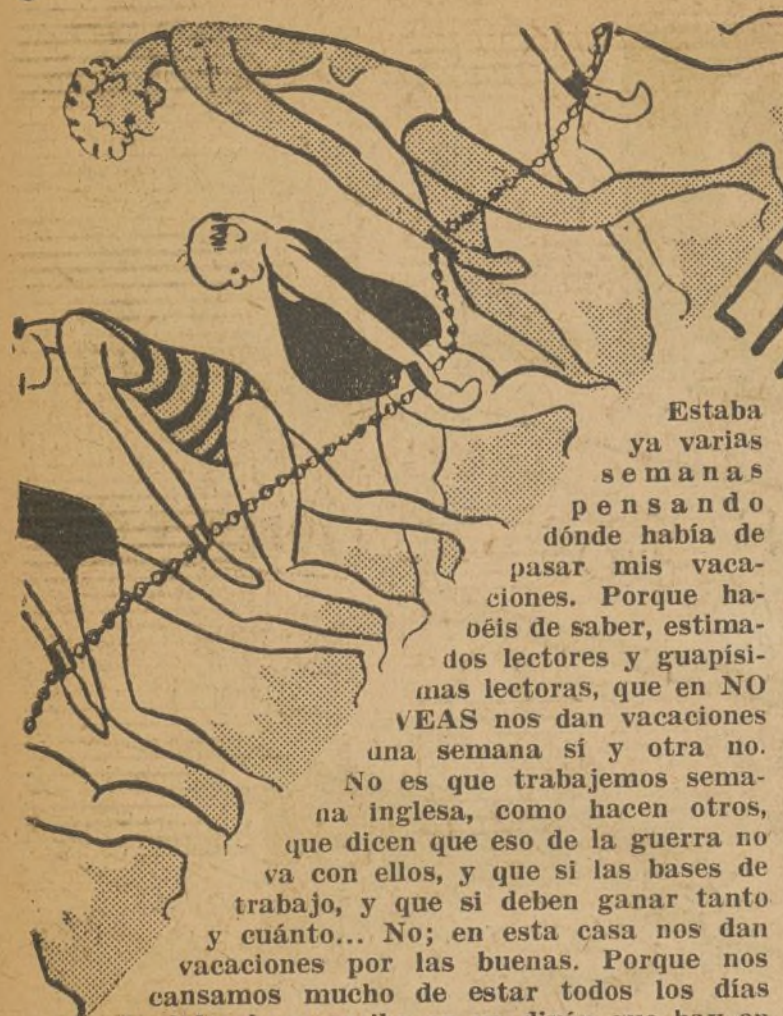
(Ilustraciones Sabiano.)



EXTRAVAGANCIAS QUE NO LO SON, por BABIANO

—¿Pero qué es eso, don Carabundo, está usted loco?

—¡Ca! Es que si no me pongo esto, mi mujer no me deja salir del sótano...



Estaba ya varias semanas pensando dónde había de pasar mis vacaciones. Porque habéis de saber, estimados lectores y guapismas lectoras, que en NO VEAS nos dan vacaciones una semana sí y otra no. No es que trabajemos semana inglesa, como hacen otros, que dicen que eso de la guerra no va con ellos, y que si las bases de trabajo, y que si deben ganar tanto y cuánto... No; en esta casa nos dan vacaciones por las buenas. Porque nos cansamos mucho de estar todos los días tendidos boca arriba en un diván que hay en el pasillo de la derecha, tirando hacia la izquierda, rincón izquierdo de la habitación de descanso.

Me propuse pasar mis vacaciones en una playa, Me compré un gorrito blanco, y unos pantalones ídem, y un taparrabos, y caminito de Valencia. Llegué allí con mala pata, como siempre. Era de noche y estaban las sirenas gritando:

«Que vienen los aviones alemanes! ¡Que viceenenen!! ¡Que viceenenen!!»

Yo, como no entendía ese ruido, le pregunté a un ciudadano:

—¿Por qué pita eso tanto tiempo?

El ciudadano iba corriendo. Aunque era de noche vi sus ojos, que echaban chispas. Se revolvió furioso para que le soltase el brazo que le había agarrado.

—Déjeme! ¡Déjeme, que vienen!

—Pero ¿quién viene, hombre de dios?

—La aviación facciosa. Y usted apague ese cigarro. ¿No ve que le van a ver la luz del pitillo y van a bombardear?...

Y antes de que yo pudiera darle la última chupadita, me dió un tremendo manotazo y me tiró el único pitillo que me quedaba. Después de su hazaña, el ciudadano siguió corriendo, y a poco le vi desaparecer en un refugio.

En la calle estaba yo solito.

Ni un guardia. Silencio. La sirena seguía pitando. Más silencio. La sirena no paraba.

Por fin paró en seco.

Me estuve paseando por la calle sin ver un alma. A las dos horas, los sótanos

La playa que está en Valencia

por Doroteo Arrojabombas

empezaron a parir gentes de todas las edades. ¡Menos mal! Me acerco a otro ciudadano.

—Oiga! ¿Se puede fumar ya?

—Sí. ¿Quién se lo impide, buen hombre?

—Bueno, pues deme un pitillo, porque tenía uno enterito, encendido, y me lo ha tirado un paisano suyo...

—Vaya usted a... la playa!

Aquel hombre tan simpático me había dado una idea, aunque me había negado el pitillo. A la playa había que ir. Ya iba siendo de día. Preguntándole a un guardia aquí, allí a un sereno y más allá a un farol del alumbrado, que me dijo que estaba en huelga desde que el Gobierno se había trasladado a Valencia, y que por eso él era partidario de Gobierno sindical en el que no estuviera el culpable de ese viaje tan inoportuno... Total, que llegué a la playa.

Avanzaba el día. Comenzaban a llegar gentes bien parecidas. Elegantes. ¡Qué bonito! Eso sí, que era digno de verse. ¡Y qué acierto había tenido yo! ¡Todos llevaban pantalones blancos! Y zapatos blancos. Pero gorros blancos había pocos. Yo no quería ponerme el mío. Pero ¿qué remedio! Me ponían el gorro quisiera o no quisiera.

Unas chicas muy guapas. Unos chicos muy guapos. Y yo allí «calelao», mirando a unos y a otras. Corrían, saltaban, se chapuzaban en el agua, daban grititos cuando estaban dentro. ¡Cuánto se divertían!

—Ay, so animal! Mira qué eres bruto.—Y más mimosa:— ¿Vamos a comer en La Marcelina, riquín?...

Yo no oí lo que le contestaba. Estaba muy entretenido haciendo montoncitos de arena. Y tan pronto hacia Cerro Rojo, como el Pingarrón, como el Garabitas. Mi dedo índice era Lister. Subía a la cima del Cerro, y ¡pum!, lo dejaba. Y así estuve un rato, entretenido tomando cerros, cuando un corpulento guardia me echó la zarpa encima y me dijo:

—¿Tiene usted documentación?

—Pues verá usted, yo...

—Déjese de excusas; documentos...

Vino en seguida más gente. Muchos guardias y muchos hombres simpáticos y muchas chicas guapas. Yo estaba hecho un lío; ¿qué pasaba?

—Mire usted, camarada, yo no llevo nunca documentación, porque me hace falta. Soy uno de los muchachos de NO VEAS, que estoy de vacaciones, y mi nombre es Doroteo Arrojabombas, muy conocido en Valencia, en las trincheras de la Moncloa, en el exterior y en París...

—¿De NO VEAS? ¿No le engañará usted?

—¡Quiá, hombre! Mire cómo tengo detrás de la oreja la cicatriz que tengo detrás de la oreja.

—Basta, hombre. Tú, camarada Doroteo, necesitas documentación.

Eres un documentado, pero muchas veces sonales, ¿verdad?

de NO VEAS, ¿verdad?

todas las semanas está Popeye?

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

—No está muy lejos de la playa.

Hasta hoy, por las dificultades que se pueden suponer, no he podido enviar esta reseña de la reunión que tuvo lugar en esta ciudad de Shalamanka (donde todavía se encuentra algunos amigos que hablan el español) para elegir el sustituto del pobrecito Mola.

Se ha celebrado en una de las más vastas piezas de la Universidad, después de muchos ruegos a unos oficiales alemanes, que recibían allí a varios rifeños vigorosos; también había un urinario, construido en un rincón con libros de la biblioteca.

Franco y los demás entraron con algún miedo de que les soltase una chufia o una patadita cualquiera de los oficiales teutones.

Por fin se celebraba la reunión. Asiste el señor arzobispo, acompañado de un anciano padre y de su hija mayor, divorciada recientemente de Mohamed-Ben-Al-Katre, por devaneos de él con un requeté adolescente.

Empiezan a examinarse los méritos de los distintos candidatos.

El general Gandulazo expone los méritos que estima poseer para que se le confiera la alta jerarquía en sustitución de Mola.



La sesión para nombrar el sustituto de MOLA (GRAN REPORTAJE DE KLEMEN-TITO)

—En la última población donde he tenido mando ordené tal cantidad de fusilamientos, que me vi obligado a firmar las órdenes con estampilla. He destruido tres museos y treinta y ocho bibliotecas, algunas con libretos muy antiguos...

El general Blanco del Pánico, que es un enemigo declarado del que está hablando, pide la palabra precipitadamente.

—¡No estoy conforme! Usted no ha fusilado na ni ha destruido na. Usted dejó coleando al párroco de Villajamones, porque lo he visto yo luego al pasar con mi división. Ahora bien, patriotas que me escucháis: Este truhán tiene un cuñado. Y este cuñado tiene una hermana que mantenía relaciones con un primo de una mala mujer de Madrid, cuyo esposo es hombre de izquierdas. ¿Qué les parece, señores?

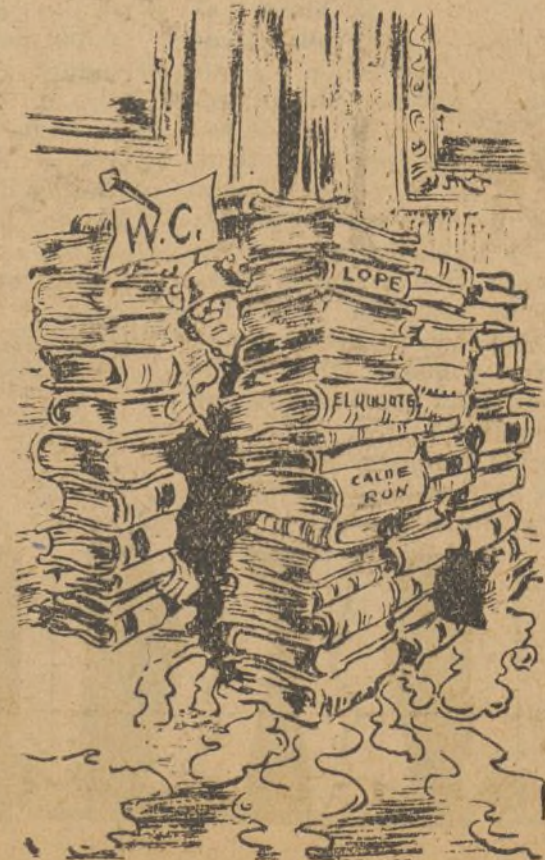
Y pasea una mirada de triunfo por la sala.

Franco, que preside y que remueve en el asiento sus abundosas e italianizantes posaderas, exclama:

—Pero vamos a ver los sacrificios que se han hecho por la guerra. Que se expongan aquí. Yo he consentido en plancharle la ropa interior al coronel alemán recién llegado...

Se levanta el general Ciervo y Grande para expresar:

—¡Ténganse todos! Yo he alojado en mi casa a un jefe de cabila rifeño



cuando se gestionaba la última partida de sesenta mil moritos de catorce a quince años. El jefe se obstinó en alojarse en la habitación de mi señora, y yo, ¡por Santiago y cierra España!, me di un paseo nocturno en albornoz hasta la Alameda.

—Sin embargo—aduce el coronel Corredor—, no creo que mis hechos de armas sean una futesa. ¿Quién copó aquella posición de milicianos, en número que pasaba de ocho, teniendo fusiles muchos de ellos, en el sector del segundo Cuerpo de Ejército? ¿Quién lo hizo solamente con seis baterías, once trimotores, un regimiento italiano y escuadrones regulares? ¿Que se levante quien haya hecho una cosa así!

La sesión se interrumpe porque viene un ordenanza con una orden para Franco del Estado Mayor alemán:

—Generalísimo: El coronel von Kaimhanu se desea afeitarse; exige que vaya su excelencia a enjabonarle.

Envío esta crónica con la primera sesión, y no sé cuándo llegará al palacio-redacción de NO VEAS, que me ha enviado disfrazado de catequista histórica a Salamanca.

(Ilustraciones Rojo.)



HITLER.—¿No se nos ahogará? ...
 MUSSOLINI.—No. En último caso, le echamos una mano. Aún nos tiene que servir por algún tiempo este espantajo.

(Dibujo de Alfara2.)

ESOS ALCALDES CONTRARREVOLUCIONARIOS

que no dejan medrar a los caciques



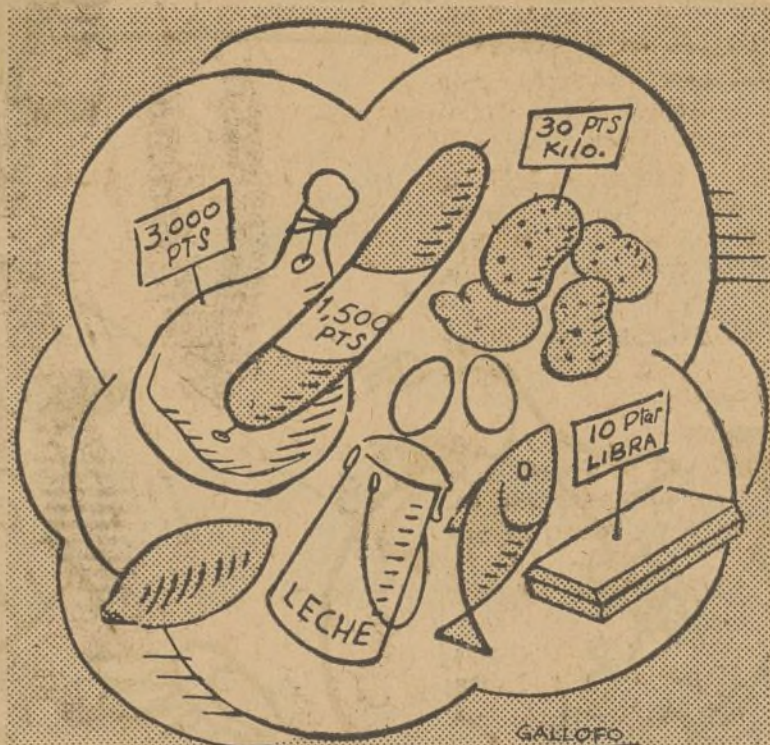
El alcalde de "Ojosdelin-
ce" era un "malage", un
"saborio". Un tío así mere-
ce que lo fusilen por la es-
palda. ¡Mire «osté» que en
los tiempos que corremos
preocuparse de que los co-
merciantes, esos antiguos
caciquillos de "tos" los pue-
blos, den el peso exacto, no
adulteren los artículos, no
roben en los precios! ¡Este
alcalde es tonto, por la "sa-
lú" de mi "mare"! ¡Es un
contrarrevolucionario! ¡Un
fascista! En vez de ocuparse
de hacer la revolución, se
dedica a estas minucias.
Pero ¿es que los caciques
hemos dejado de pensar co-
mo pensábamos para que
este tío venga ahora a aten-
tar contra nuestros intere-
ses?

Así respiraban los honra-
dos caciques de la comarca
contra el alcalde de "Ojos-
delince". El descontento
cundía entre ellos. Había
necesidad de hacer frente a
la situación, como fuera.

A una hora determinada
de la noche se reunieron en
las afueras del pueblo, para
no infundir sospechas, los
"honrados" caciques. "El
pueblo —decían— está con
nosotros. Nuestros conveci-
nos saben cómo los quere-
mos. Ellos no desconocen
que si bien poco a poco nos
vamos haciendo con su di-
nero, no es más que para
combatir esa virtud perni-
ciosa del ahorro. El traba-
jador honrado no debe te-
ner dinero: debe pasar apu-
ros, incluso necesidades.
Así se estimula."

Pero el pueblo estimaba
en lo que valía al alcalde,
que les aguaba la fiesta a
los lecheros que aguaban la
leche, y no se le podía en-
gañar.

Entonces idearon otra
cosa. El cacique máximo
recabó un voto de confian-
za, que le fué otorgado sin
discusión. Tenía fama de
hombre habilidoso. Dió la
consigna:



—Desde mañana, todos
nos pondremos a alabar las
grandes condiciones del al-
calde, su bondad, su inteli-
gencia, su agrado. Hay que
decir que es el hombre más
querido del pueblo.

Efectivamente; desde el
día siguiente todos los es-
peculadores —lo peor del
pueblecito— emprendieron la
cruzada.

Un buen día se organizó
un homenaje al alcalde. El
cacique se sonreía, entretan-
to, con sonrisa picaresca.
La cosa marchaba. Se fro-
taba las manos.

La Prensa se ocupó del
homenaje. Ensalzó la figura
del buen alcalde, le dedicó
frases grandilocuentes. El
ambiente estaba suficiente-
mente preparado.

El Gobierno pensó enton-
ces en la necesidad de pre-
miar los méritos del buen
alcalde. Le dió un cargo
más elevado. Le hizo go-
bernador. Todos los especu-
ladores se reunieron para
celebrar el acontecimiento.
Se habían quitado de en-
medio a su mortal enemi-
go. ¡Habían vencido!

En el festejo tomó parte
la Banda municipal.

A los tres días, las puer-
tas de los comercios estaban
entornadas en señal de due-
lo. Negros crespones pen-
dían de las cajas de los es-
caparates. La tragedia era
inmensa. Había surgido lo
imprevisto. El nuevo alcal-
de era otro "contrarrevolu-
cionario". Los pobrecillos
tenderos que abusaban, to-
dos los especuladores, se co-
gían la cabeza entre las
manos y lloraban por su
ruina. No tenían más con-
suelo que cobrarle al foras-
tero siete duros por un hue-
vo frito y cuatro pasas...

EDIL

Ilustraciones Gallofo.

DON ALE, FUMADOR DE OPIO

REPORTAJES "CHANCHI"

Con objeto de adquirir datos para los ficheros de Scotland Yard, he celebrado—bueno, tanto como celebrado...—una peligrosa entrevista con el líder de los bajos fondos que atiende por «el Lerroux».

Previamente dejé en el hotel las catorce pesetas que poseo, un guardapolvo con amuleto para conjurar los temporales y el viejo reloj de níquel regalo de un bonzo budista a quien conocí subastando acuarelas en el Sahara.

La habitación del popular salteador está adornada (con el mismo dudoso gusto con que le prestaríamos diez duros al bestia de Queipo) de ruletas y diplomas de impotente.

Al entrar me produzco una equimosis con un cuerno de un busto de su más próximo antepasado. Lo rompo con mi maza sioux y llego a prudente distancia del hombre para quien ha habido que importar adjetivos para denominarle con alguna soltura.

Está en un estado lamentable. Lo han tenido que rodear de cinta aisladora para evitar que el pellejo se le desparame y manche el linóleum de su espelunca.

Conserva la mirada—sentimental como una vaca—que hacía vibrar el subconsciente de las religiosas profesas. Después de mirarme con la misma pesadez de un agente de seguros, me pide tres duros para ponerlos a un pleno de ruleta. Le digo que se los dé su padre.

Le cuadro con mi pañuelo de hierbas y le interrogo:

—¿Qué tal los negocios, don Ale?

—Mal—dice con un maullido—. Aquí no hay más que seis miserables, no tengo ni un mal despertador, y hasta las monjas se chotean y dicen que toda la fuerza se me va por la boca.

—¿Qué me dice de la guerra?

—Pues que Franco es un filántropo, y Queipo un abstemio, y von Faupel un hidalgo patriota, y...

—Idioteces aparte—le interrumpo—, ¿cuál cree que será el resultado?

Con un quejido lastimero como un tango me dice mirando a todas partes, como si se preparase a escalar el piso:

—El resultado será que si quiero saber la hora tendré que mirarla en la muestra de las relojerías.

Y ante el gesto de idiota que es habitual en mí, me aclara:

—Se lo hablaré en la buena lengua de Chervanti: lo perduto como arpa viechia.

Y se me pone a llorar en la solapa, como si le hubieran suspendido en el primer año de bachillerato.

En vista de lo cual, y después de recomendarle arsénico para el insomnio, salgo como un sastre



detrás del cliente, no sin antes mirarme los bolsillos.

Al salir, dirijo una mirada a la habitación y le veo fumando una pipa de opio y jugando a la ruleta con una barquillera.

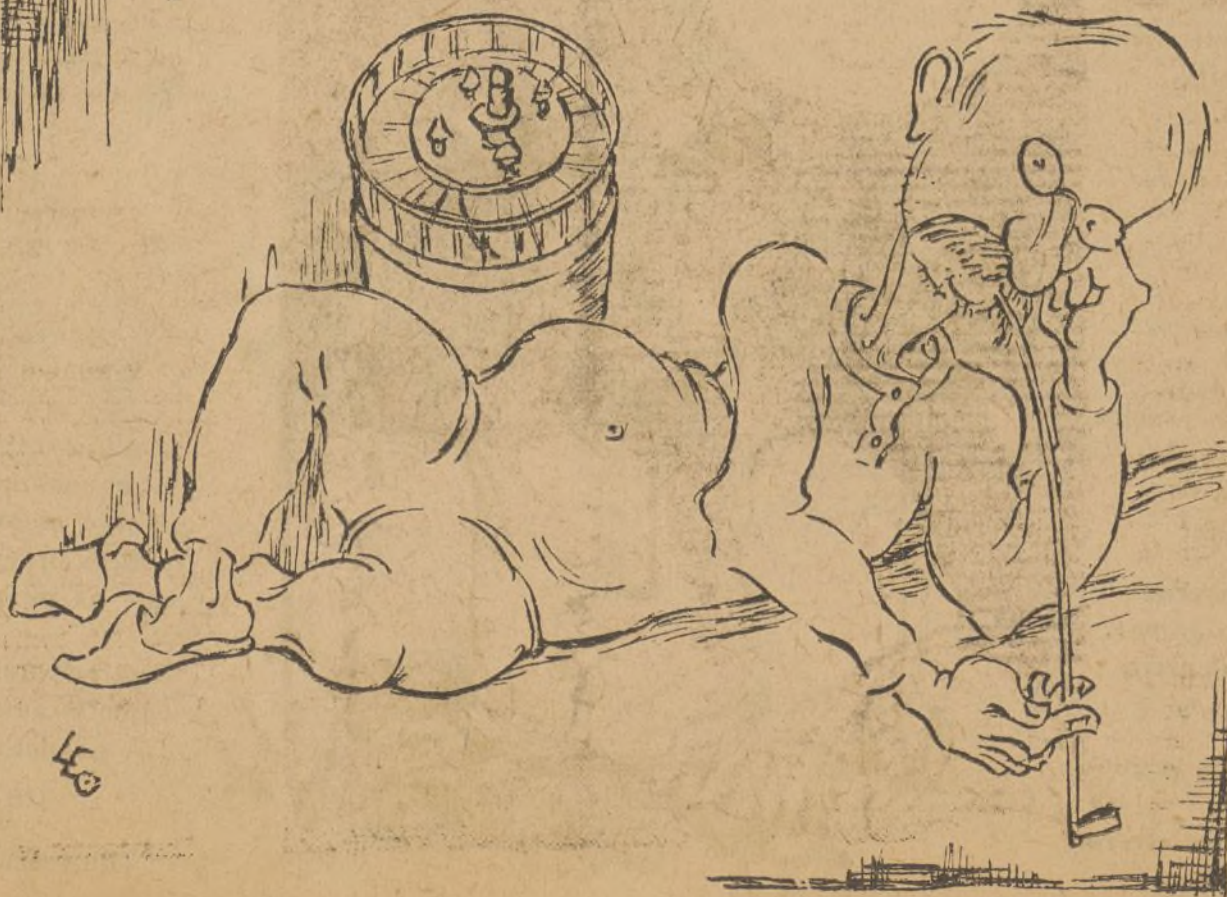
En la puerta del hotel tomé un coche: ocho pies de cavallo—sí, claro: cuatro del penco, dos del cochero y dos míos—, y cuando subo, todavía me grita desde el balcón:

—¡Estoy muy solo!... ¡Estoy muy triste porque ya no puedo engañar a nadie: ¡Me han tañao!...

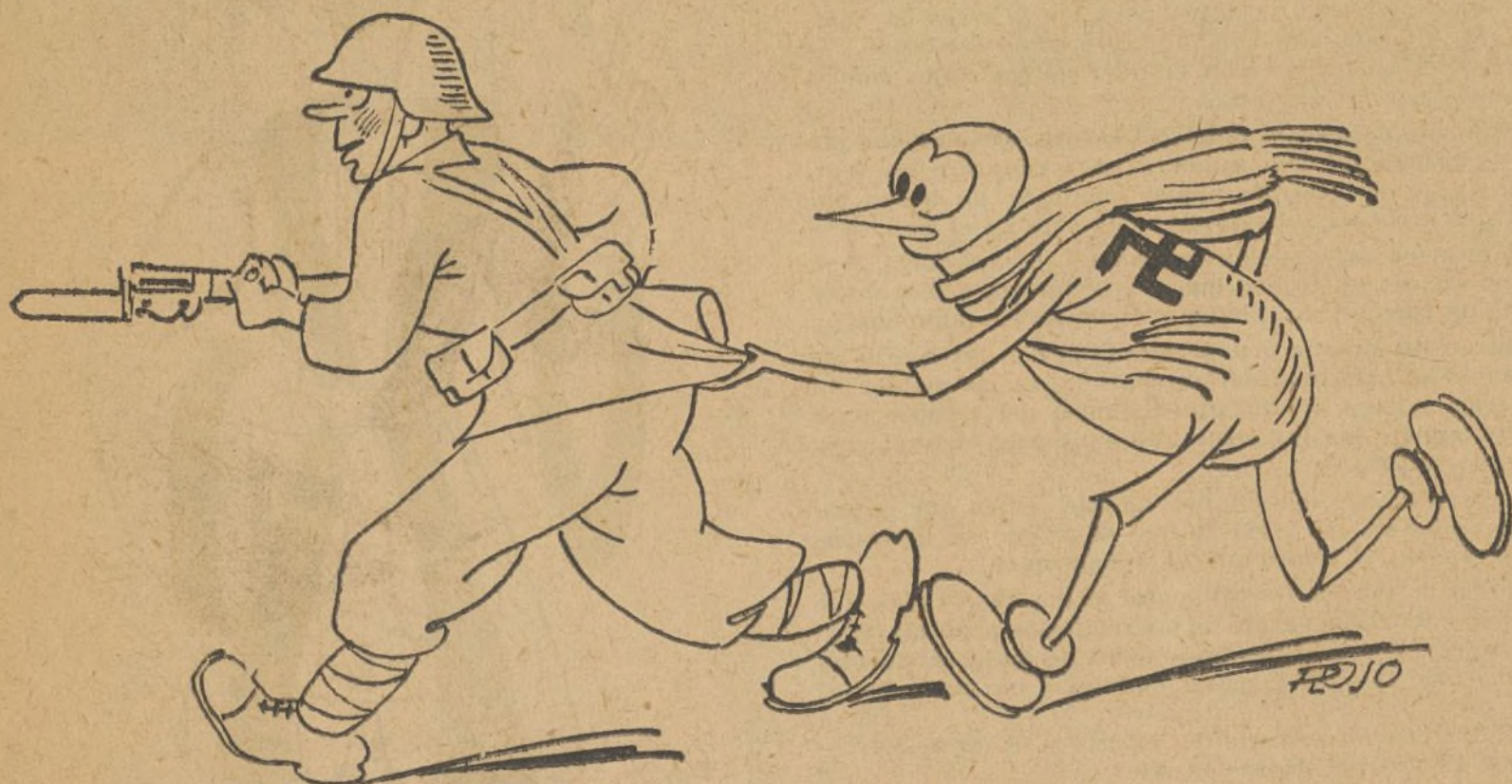
Le suelto un pistoletazo al jamelgo y salgo para la frontera, donde con los dieciséis carnets y un ejemplar de NO VEAS me dan un salvoconducto y una salchicha de Francfort.

GAFOTAS

(Ilustraciones de Leo.)



¡SOLDADO: GUERRA AL PIOJO, QUE ES UN FASCISTA. Y NO FLOJO!



Hemos hallado la pista
(lo decimos sin sonrojo)
del criadero fascista
del piojo.

Quien bien lo sabe asegura
que cuelgan un camión
en un solar de basura.
¡Que intención!

Tienen campos especiales.
De guarda, un requeté canco
con órdenes criminales
de von Franko.



Y allí cuidan con esmero
su preciada propaganda
del piojo cuartelero.
¡Anda... y anda!

Todos llevan una cruz,
bien gamada o sin gamar.
Tragan sangre y alcuécz
¡y es la mar!

En la paz como en la gue-
nuna te deja vivir. ¡rra
Como pueda, a ti se aferra
¡y a morir!



Si quieres ir adelante,
él te retiene hacia atrás.
Con un piojo cargante,
¿dónde vas?

Ni puedes comer tranquilo
ni puedes dormir en paz.
Te va comiendo en sigilo...
¡qué tenaz!

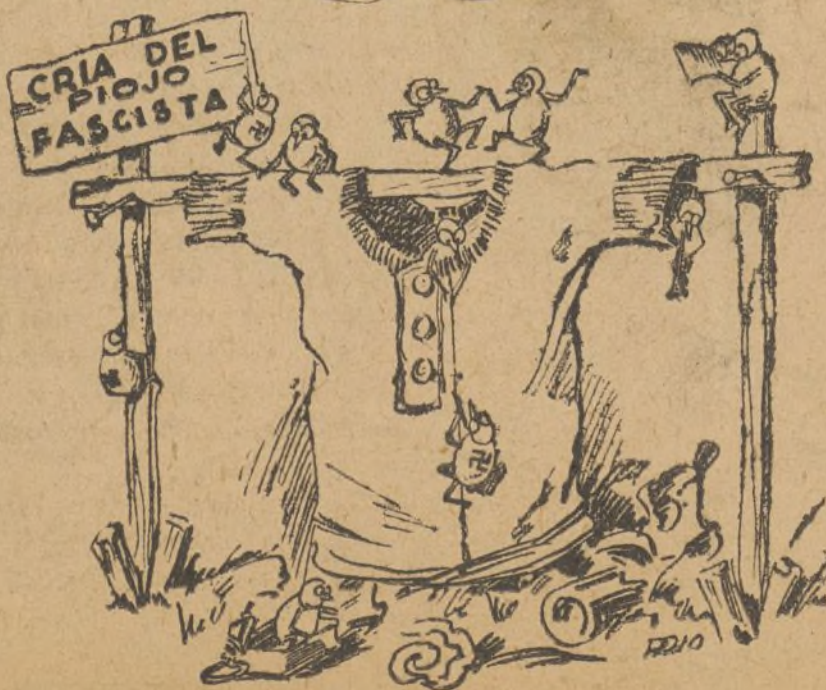
Si alientas un odio fuerte
a los que nos llaman «rojos»,
odia igual, con odio a muer-
los piojos. ... [te,



Y aunque uniforme te vis-
[tas
y a tus zapatos des grasa,
tú ayudas a los fascistas
si hay piojos en tu casa,
porque un ejército entero
que al mundo asombre su
[arrojo,
será en vencerse el primero
como lo ataque el piojo
pajolero.

DR. LENDREIRA

(Ilustraciones Rojo.)



¿Va "usté" al cine? Pues es un valiente.

¿Va "usté" al teatro? Pues es un héroe.

PRESENTACION DE ASDRUBAL, CRITICO DE ALTOS VUELOS

Sin reparar en gastos, y siempre en beneficio del distinguido público—incluidos niños y militares—, NO VEAS tiene desde «ya» su crítico de teatros y cines. La cosa no ha «sío» fácil.

¡Como el 7 de noviembre a casi «tos» se les ocurrió, en vista de la belleza de la noche, salir de paseo, y andando, andando, llegaron hasta Valencia, pues me quedé «solo! En vista de esto me han «llamao» a mí. Después de mucho discutir con el director—que si me das diez duros, que si no «puen» ser más que tres, que vamos a dejarlo en cinco—, he «apechugao» con el encarguito. Y aquí estoy «enchufao», sacrificándome.

¡ALLA PELICULAS! (Revista de cines.)

Vamos a repasar los cines, que en su mayoría están que es un asco. «Diego Corrientes» es una birria con catite y patillas de boca de «jacha». «Luis Candelas» es la caraba de malo. Le han puesto que no le conoce ni don Salustiano Olózaga. El público patea conienzudamente. «El terror de Chicago» lo hace ese «mariposo» que se llama José Bohr, y está hecho una loca con su ametralladorcita y todo. Y yo, que tengo la sangre revolucionaria de Prim, «heredá» de mi abuelo, «me se» sube a la cabeza, viendo cómo «echan» en los cines películas tan asquerosas y tan fascistas como «Rhodes el conquistador» y «La batalla». ¿Pero cuándo se va a acabar la propaganda facciosa, camaradas de la Junta?

¡Ah! A la película «El niño de las monjas» le han «cam-



biao» el título. Ahora se llama—no reirse, que es en serio—«El niño de las verónicas». Véase la cartelera. Total: memeces trasnochadas.

«DIABLAS Y ALCAHUETAS» (Revista de teatro.)

Los teatros también hay que cogerlos con pinzas. Vamos a dejar aparte el Español, y casi todo es basura. Pepe García (¿pero quién demonios será Pepe García?, como dice «La Voz») ha «descargao» su «Tormenta» sobre el Progreso, y el público ni se conmueve. Todos esperábamos que fuese un trueno gordo, pero no ha sido más que un petardillo. Otros que también han escrito su obra en los parapetos. En los parapetos de la Junta de Espectáculos, claro es: Alvarez y Bengoa. Este último es aquel que hacía «Jeromín» en «El Debate», y ahora martiriza a la gente con «En el pueblo mando yo», escrita en triunvirato. Como los dos son los que llevan la publicidad de la Junta, pues se hinchán de hacer propaganda. Ahora, como si en la caja también mandaran ellos, ofrecen tres mil duros a quien no se ría con su obra. ¿Pues van a tener que soltar la tela!

En la Comedia ha estrenado ese señor que se llama Angel Custodio—¡Ave María Purísima!—una cosa que se llama «Tururú». Este es el mismo de «La cartera de Marina», aquella «cosa» para fascistas que se hizo en Cervantes a raíz de la sanjurjada.

Y «pa» qué vamos a hablar de «Las faldas», «El huevo de Colón», «Mujeres de fuego», etc. ¡Antifascismo puro, esencia revolucionaria! ¡Oh los muslos de las señoritas de conjunto! Eso sí que son armas eficaces contra el fascismo.

Y dice «menda», ahora en serio: ¿Pero es que no tenemos bastante con los obuses?...

Bueno. Hasta la próxima. «Salú» y alimentos!

Asdrúbal PEREZ
Izquierdista y corredor
de granos.

TEATRO



(Ilustraciones Cantos.)

DESPUES DEL MORDISCO, por Cañavate



—Eva, me parece que este bocado se nos va a indigestar...